

LAS ISLAS, MÁS ALLÁ DE SUS COSTAS

RAFAEL CÁMARA ARTIGAS

Las islas constituyen lugares geográficos que a lo largo de la historia y el conocimiento de la humanidad han conformado hitos de referencia en diferentes aspectos.

El imaginario evoca a la mitología, como la isla-continente de la Atlántida platónica, allende las columnas de Hércules, destruida por un cataclismo que castigaba a los atlantes por su osadía expansionista, o la isla de Ítaca, patria de Ulises, espacio soñado al que se desea llegar por encima de los infortunios.

Las islas han sido también recogidas en la literatura, como zonas de refugio y escondite. Por ejemplo, La isla misteriosa del capitán Nemo, o La isla del tesoro, que guarda un premio oculto que despierta la avaricia de los piratas porque les proveerá de riqueza para el resto de sus días. O, al contrario, aquella donde el protagonista queda atrapado con el deseo obsesivo de salir, caso de Robinson Crusoe.

Asimismo, han sido territorios donde ensayar proyectos y críticas sociales: las islas de los Viajes de Gulliver y la isla de Utopía de Tomás Moro, respectivamente.

En el mundo de la ciencia y, en concreto, de la biogeografía, las Galápagos constituyen un modelo fundamental para Charles Darwin en el desarrollo de sus hipótesis sobre el origen de las especies o el origen de los atolones. Recientemente, en los años sesenta del siglo xx, las islas del Caribe se convirtieron en el laboratorio de una nueva hipótesis biogeográfica denominada teoría de la biogeografía insular.

Pero más allá de todo esto, las islas han sido enclaves estratégicos en el día a día de la historia y, por lo tanto, en la configuración política del mundo tal como lo conocemos. De algunas islas han surgido grandes imperios, en otras ocasiones han sido el trampolín para constituirlos, y su emplazamiento geográfico ha resultado crucial en el desarrollo de muchos pueblos y naciones.

En el transcurso de los siglos esta importancia ha basculado desde el Mediterráneo al Caribe, y una vez conocido y cartografiado el orbe terrestre, se ha extendido por el Pacífico y ha retornado en el siglo xx al Mediterráneo y al Atlántico, donde en la última conflagración mundial, desempeñaron un papel determinante.

Podemos empezar nuestro recorrido en Creta, con la talasocracia minoica entre los siglos xx a xv a. C. —aún sumergida en la leyenda del rey Minos y el laberinto del Minotauro—, que ejerció un dominio militar y comercial que se extendió por el Mediterráneo oriental.

Esa talasocracia se trasladó en el siglo vi a. C. al Mediterráneo occidental, de mano de los griegos focenses, que huían de la presión del imperio persa sobre Asia Menor, situando su centro de acción en Alalia, en la isla de Córcega. Pero su control comercial chocó con los intereses de etruscos y cartagineses. Córcega y Cerdeña quedaron entonces bajo el dominio de los etruscos, aunque por poco tiempo ya que rápidamente pasaron a ser dominio cartaginés, que en los siglos siguientes se encumbró como potencia marítima en el Mediterráneo occidental.

Un nuevo poder emergente en la península itálica en la región del Lacio entró en confrontación con Cartago en otra isla: Sicilia. El imperio romano se había dedicado hasta entonces a su expansión continental, pero por primera vez puso interés en territorios alejados de sus costas. En Sicilia se inició la primera guerra púnica en el siglo iii a. C., a la que seguirían otras dos que terminarían con la ampliación de la República de Roma al Mediterráneo occidental, y poco después, al oriental. De esta manera, en el siglo I a. C. se constituyó como un imperio que perduró hasta su desaparición, cinco siglos más tarde, y jugó un peso decisivo en la historia de Occidente.

Cuando los últimos rescoldos de la civilización romana, heredada por Bizancio, caen en el siglo xv, las coronas de Portugal y Castilla ponen sus ojos lejos de las columnas de Hércules en busca de la mejor ruta para las especias. Portugal opta por circunvalar África, y Castilla apuesta por explorar el Atlántico hacia occidente. De nuevo las islas cobran protagonismo, pero esta vez se desplaza el foco desde el Mediterráneo subtropical a las islas tropicales del Caribe.

El primer contacto de Cristóbal Colón con América es una pequeña isla de las Bahamas. La Isabela es la primera ciudad fundada en la isla por él llamada La Española, tras el fracaso fundacional del fortín de La Navidad en tierras de Haití. La Española servirá de plataforma para el auge de Castilla en América. De ella salieron las expediciones a Cuba, y de Cuba, las que llegaron a México, Centroamérica, etcétera, en un proceso de crecimiento que no cesó hasta el siglo xvii, dando lugar a un imperio donde, a decir de Felipe II, «nunca se pone sol». Queda fuera de toda duda la importancia histórica de estos hechos en la conformación actual de América entre el río Bravo y Tierra del Fuego.

Durante este período de dominio español, ingleses, franceses y holandeses hostigaron las flotas de Indias y los barcos españoles con la piratería y el corso, utilizando como islas base las pequeñas Antillas, sobre todo Jamaica, de la cual fue gobernador el pirata Henry Morgan, y la isla de la Tortuga, al noroeste de La Española.

A finales del siglo xvii ese sol empezó a ponerse de mano, entre otros, de una isla atlántica, Gran Bretaña. Inglaterra desafía al imperio español de ultramar, y junto a holandeses y franceses, logra debilitarlo, entrando España al siglo xix en una situación de crisis que derivó en la independencia de la mayoría de sus colonias, a excepción de Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas.

La expansión inglesa acarrea también una grave crisis interna que propicia la independencia de sus colonias americanas: con un movimiento revolucionario nacen los Estados Unidos de América, que a finales del siglo xix disputarán a España sus últimas posesiones coloniales en el Caribe y en el Pacífico. A partir de aquí, los Estados Unidos inician el ejercicio de su poder, que les encumbrará a mediados del xx al estatus de potencia mundial.

En su transcurrir, la historia había llegado a conocer prácticamente toda la superficie de la Tierra a principios del siglo xx, y ya parecía que las islas dejarían su protagonismo a las masas continentales. Pero no fue así. En el Pacífico occidental, Japón se erigió en una potencia militar que comenzó a ocupar las tierras del continente asiático, enfrentándose primero al imperio ruso y luego al chino.

Entre tanto, los ejércitos de la Alemania nazi ocupaban Europa, pero el salto a la isla de Gran Bretaña fracasó gracias a la resistencia de los ingleses.

Los Estados Unidos de América desplegaron su poder militar en Europa y el Pacífico tras el ataque japonés a Pearl Harbor, en la isla hawaiana de Oahu. En Europa, Gran Bretaña les sirvió de trampolín para recuperar el continente tras el desembarco de Normandía. En el Pacífico, con una mortífera lucha isla a isla hasta llegar a Japón, donde el fin de la guerra marcó el comienzo de la era nuclear con las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki. No hay que olvidar que la Sicilia disputada por romanos y púnicos, volvió a la actualidad política porque sirvió para que los ejércitos aliados en África pudieran llegar a la península italiana y derrocar primero al fascismo italiano, y posteriormente a los nazis, abriendo el primer frente aliado en el sur de Europa.

En el siglo xx continuó el protagonismo de las islas. Nace la guerra fría, es decir, el telón de acero y el enfrentamiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Otra vez en una isla, Cuba, durante trece días de octubre de 1962, estuvo a punto de cambiar el orden mundial. Y en los años ochenta, la ocupación de las Malvinas por Argentina, en el Atlántico sur, desencadenó un conflicto bélico con el Reino Unido, que nadie creía que pudiera darse entre dos naciones de la órbita occidental.

Todavía hoy, en el siglo xxi, las islas siguen llamando la atención de la historia. El brexit ha provocado la crisis institucional más grave de la historia de la UE. No subestimemos por lo tanto a las islas y el papel que puedan jugar en la estructura territorial del mundo en el futuro. Ellas siguen ahí, testigos silentes unas veces, y otras, intérpretes principales en el devenir de los acontecimientos.